

Carta de Argentina Subdesarrollo y dinosaurios

Jorge Andrade

La globalización ataca de nuevo y causa estragos, en particular en los países subdesarrollados, o emergentes, según el eufemismo en boga.

Hace poco más de un año, en enero de 1998 para ser precisos, publicaba en estas mismas páginas una carta en la que me refería a la crisis económica del Sudeste asiático y a sus futuras consecuencias para Argentina. En ella decía que los embates que ya estaba sufriendo por entonces la economía argentina y, consecuentemente, su sociedad, se agravarían hasta extremos imprevisibles si la siguiente ficha del dominó en caer era el principal socio de Argentina, Brasil, y éste se veía obligado a devaluar su moneda, el real. En ese caso se resentirían seriamente las exportaciones argentinas, repentinamente encarecidas para los brasileños, y crecerían las importaciones desde ese país, consecuentemente abaratadas, con su secuela de disminución de la actividad productiva en Argentina, así como padecería el riesgo de que los capitales huyeran por contagio. Todo eso ya está ocurriendo en mayor o menor grado. En aquel momento argumenté que si las medidas correctoras de la economía seguían siendo, como lo eran entonces, las de la ortodoxia neoliberal, a las que adhieren sin matices las autoridades de mi país de común acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, y que consistían en reducciones presupuestarias, aumentos de impuestos al consumo y elevaciones de las tasas de interés, lo que así se hizo, se profundizaría la crisis y se entraría en la espiral recesiva. Los hechos son tercos y, lamentablemente, me han dado la razón, acelerados ahora por la ya inevitable crisis del Brasil.

El acierto de mi pronóstico no se funda en una percepción de visionario ni en títulos acreditativos excepcionales en materia económica. Soy un economista que dedica a esa profesión muchos menos esfuerzos que los que destina a la literatura, y los títulos más valiosos que me arrego en materia socioeconómica son el de mantenerme informado y, sobre todo, el de ser un modesto aunque atento observador de la realidad que no se atiene exclusivamente al discurso dominante. Pero nadie que no tuviera intereses creados podía dejar de comprender que un ajuste consistente en achicar los gastos y la inversión presupuestarios, sobre todo de los rubros que más afectan

a las capas modestas de la sociedad, generalizar el IVA, un impuesto que grava el consumo de modo indiscriminado, sin reparar en los ingresos ni la fortuna del consumidor, y aumentar las tasas de interés, lo que restringe el crédito, lo único que conseguiría sería disminuir más la actividad económica del país con su secuela de cierre de empresas y aumento del paro, lo que, al achicar la base sobre la que se recaudan impuestos, genera nuevo déficit y éste a su vez nuevos ajustes, es decir la espiral recesiva en la que ya estamos.

La globalización es un mito, una fantasía a cuya aparente realidad contribuye el espectacular aumento de la rapidez de los medios de comunicación, la multiplicación del comercio internacional y los flujos universales irrestrictos del capital financiero. También y mucho difunde esta imagen el crecimiento explosivo de *internet* que, más allá de su utilidad intrínseca que por supuesto no niego, crea en los usuarios y en los que no lo son, pero que consumen su publicidad, la ilusión de que pertenecen a una democracia global. Esta podría ser representada geométricamente por una esfera con todos sus puntos conectados por una red infinita y que serían equidistantes de un centro imparcial. La realidad es diferente, el cambio es mucho más formal que sustancial y, con otras vestiduras, perpetúa la histórica división en países centrales y periféricos, población incluida y población excluida. Daré algunas de las pistas más evidentes que sostienen mi afirmación:

a) La nueva división internacional del trabajo reserva a los países centrales las industrias de punta y las limpias, que tienen un alto valor agregado en investigación y formación, lo que requiere gran inversión de capital. A los países periféricos se les ha atribuido el papel de proveedores de materias primas baratas (los precios internacionales de las materias primas se deterioran continuamente en relación con los productos manufacturados, e incluso en valores absolutos), el de toda la vida, y además el de base para las industrias maduras, como la textil o la siderometalúrgica, que requieren una inversión de capital relativamente baja, y para las industrias sucias.

b) Las empresas transnacionales (o globales) que se instalan en los países emergentes gozan de enormes ventajas fiscales y total libertad para girar beneficios y transferir *royalties* a sus casas matrices de los países desarrollados. Los salarios que pagan y los costos sociales son mucho más bajos que en sus países de origen.

c) Dichas empresas, que además se han hecho cargo de los servicios de los países periféricos a precio de saldo dado que en gran parte los pagaron con bonos de deuda devaluados, subsidian a sus casas matrices a través de tarifas y precios inflados artificialmente en los países subdesarrollados donde operan, gracias a que los controles oficiales son débiles o cómplices.

Es el caso de los suministros básicos de luz, teléfono, gas, electricidad y agua, así como combustibles y otros productos. Por ejemplo, la gasolina es más cara en Argentina, país productor que se autoabastece, que en España que importa sus combustibles. Los laboratorios medicinales internacionales, cuyos márgenes de beneficios son estrictamente controlados en la Unión Europea, aprovechan la desregulación desaprensiva de los países subdesarrollados para hacer pagar a los enfermos del tercer mundo hasta el doble o más por el mismo medicamento y venderles especialidades prohibidas en el primer mundo. Si tenemos en cuenta que el salario medio argentino puede ser, con suerte, la mitad del español, resulta que un paciente argentino termina pagando por la misma medicina, a precio de venta al público, cuatro veces lo que paga un español, a lo que hay que agregar que éste se beneficia con descuentos de la Seguridad Social mayores.

d) El capital es mucho más caro en los países periféricos que en los centrales debido a lo que en la jerga financiera se llama el «riesgo país», o sea la sobretasa que cobran los inversores por prestar su dinero a países que no consideran seguros. En tiempos «normales», es decir antes de la crisis del Sudeste asiático, la tasa argentina era aproximadamente el doble de la de los países centrales; hoy está en casi tres veces. En Brasil la tasa de interés llegó al 50% el año pasado, en su desesperación por retener a los capitales en fuga. Hoy, con la libre flotación del real, bajó a alrededor del 40% pero el Fondo Monetario Internacional lo presiona para que vuelva a subirla. Se comprende que con estos intereses usurarios el peso de la deuda en el presupuesto brasileño (y en el de los países subdesarrollados en general) crece de modo vertiginoso en detrimento del gasto y la inversión interior y, por otra parte, con esas tasas no hay empresa que pueda competir con sus homólogas del primer mundo.

e) En muchos casos, como el argentino, se ha favorecido una concentración salvaje, abandonando a su suerte a la pequeña y mediana empresa, que es la gran creadora de empleo, así como haciendo inviables las cooperativas y cualquier otro tipo de empresa solidaria, aduciendo sin pruebas que todas ellas son ineficientes. ¿Cómo podrían ser eficientes si las altísimas tasas de interés de las que hablábamos en el párrafo anterior sólo las pueden obtener el Estado y los grandes grupos empresarios, en tanto que las pymes tienen que pagar tasas un cincuenta o un cien por ciento más caras? Y téngase en cuenta que las exportaciones de los Estados Unidos, en cuyo modelo económico dicen inspirarse las autoridades argentinas, se componen con un 50% que proviene de empresas con hasta diecinueve trabajadores, mientras que en Argentina *todas* las pymes, cuyas plantillas pueden llegar hasta cuarenta trabajadores, apenas participan en las exportaciones en un 4%.